

Notas sobre cosmología vasca

Por JUAN THALAMAS LABANDIBAR

Prescindiendo de toda consideración de carácter mitológico, o sea, de las imágenes o arquetipos que corresponden a ciertos fenómenos cósmicos, interpretados como otras tantas hierofanías, cabe intentar poner en evidencia las ideas que los vascos de antaño pudieron abrigar acerca de la forma y general ordenación del mundo.

No hay razón alguna para no admitir que los eúskaros, al igual que los demás pueblos, no se ajustaran a una «cosmología de las apariencias», según la cual la superficie terráquea descansa sobre un gran abismo, a la vez que es coronada por un firmamento sólido y transparente que deja filtrar la luz de las estrellas.

Ese firmamento viene a ser algo así como una bóveda que sirve de soporte a las aguas superiores que luego se producen y esparcen sobre la tierra en forma de lluvias fertilizantes. En casos excepcionales surgen las calamidades —aguaceros, granizada y vendavales—, pero lo corriente es que las lluvias alternen con los momentos de bonanza, permitiendo, de ese modo, que la tierra rinda sus frutos en beneficio de todos los seres vivientes. En una sola ocasión, según las enseñanzas de la Biblia, se abrieron *las cataratas del cielo*, al mismo tiempo que *las fuentes del gran abismo*, con el fin de anegarlo todo, como una maldición excepto para los que pudieron salvarse, personas y animales, en el Arca de Noé (1).

Los hebreos situaban una segunda bóveda encima del firmamento visible, gracias a lo cual se establecían, entre los dos cielos, los depósitos (*otsaroth*) de las aguas superiores. Ese mundo supremo, al igual que el de las zonas inferiores, posee, según los israelíes, una forma circu-

(1) «A los seiscientos años de la vida de Noé, el segundo mes del día diecisiete de él, se rompieron todas las fuentes del abismo, se abrieron las cataratas del cielo, y estuvo lloviendo sobre la tierra, durante cuarenta días y cuarenta noches». *Génesis*, 7, 11-12.

lar, y con las dos mitades resulta una esfera, o mejor, un esferoide aplastado en el sentido vertical: «De tal suerte, el cielo con el aire, por una parte, y los abismos con el *sheol*, por otra parte, forman dos mitades iguales, separadas por el plano que corresponde a la superficie de las tierras y de los mares, y con respecto a este plano simétricamente dispuestas» (2).

Los egipcios, a su vez, concebían la tierra como abierta por un lado, el que corresponde al mar, donde desemboca el Nilo. Para ellos, las estrellas venían a ser unas lámparas suspendidas del cielo, excepto el sol y la luna, dotados de movimientos periódicos. En lo que respecta a los caldeos, si bien supieron confeccionar un calendario de 360 días, en el cual consiguieron señalar las fases de la luna y los movimientos de los planetas, la desaparición del sol y de la luna no dejaba de ser un misterio que suscitaba en ellos especulaciones inverosímiles y muy grandes temores. La Tierra se les aparecía como una especie de cubo, cuyos lados corresponden a las más altas cumbres nevadas donde halla su nacimiento el Eufrates. El firmamento adquiere su asiento en esos picachos lejanos, cuya semblanza quedaba plasmada en los *zigurat* o montañas artificiales, residencia de los dioses protectores de la ciudad.

Para los griegos de la época homérica, nuestro planeta equivale a un escudo cóncavo rodeado de aguas por todas partes, el Océano. El cielo viene a ser un capote debajo del cual el sol, la luna y las estrellas giran valiéndose de una rueda de oro. En su ocaso, el sol se hunde en el mar produciendo un estruendo perceptible a larga distancia.

El filósofo griego Anaximandro llegó a concebir la Tierra como un cilindro, cuya parte superior solamente puede ser habitada. En cambio, para Pitágoras y Aristóteles, no existe ni un encima ni un abajo en nuestro planeta, ya que equivale a una esfera, lo cual resulta demostrable cuando se dan los eclipses y también por las condiciones en que aparecen y se deslizan las sombras durante las horas del día. Muchos siglos después, gracias al viaje de Colón, quedó bien probado que nuestro planeta es efectivamente una esfera en cualquier punto de la cual se puede vivir por igual.

La idea de que el mundo que habitamos no es el centro, sino una parte del sistema solar, representa una adquisición relativamente reciente. En efecto, a Copérnico debemos el conocimiento de la rotación de la Tierra, gracias a la cual se suceden los días y las noches, así como

(2) Juan Schiaparelli, *La Astronomía del Antiguo Testamento*, págs. 42-43, Colc. «Austral», 1945.

la determinación del movimiento que la hace girar alrededor del sol, lo mismo que los demás planetas. Newton estableció la ley de la atracción de los cuerpos, y Galileo, en 1609, valiéndose del telescopio, pudo obtener una visión más exacta de las leyes que rigen nuestro sistema solar e incluso la Vía Láctea, determinando que ella no se reduce a una banda luminosa, sino que está constituida por un número incalculable de estrellas (3).

URZI, EGI, IÑAR

Cuando nos referimos al mundo superior, hablamos indistintamente del firmamento, del cielo o del empíreo. Raro sería el hombre de hoy que supiera hacer una distinción, la distinción adecuada, entre esos tres términos, destacando los matices que encierran en cuanto a la manera de entender ese orden supremo, del cual depende nuestra subsistencia de cada día y que ha sido objeto, para el género humano, de sus más íntimas añoranzas.

La idea del firmamento, como su nombre lo indica, corresponde a algo sólido que se mantiene en lo alto y lo cubre todo, como una bóveda, presentando ciertas variaciones según las horas del día, las épocas del año y el tiempo, bonancible o lluvioso que haga.

Ya cuando hablamos de ese firmamento como cielo o realidad celeste (*caelestis*), nos referimos a la luz que lo inunda todo, una luz atmosférica, radiante, gracias a la cual los elementos y seres resultan visibles, incluso el sol, ya que el astro del día se mueve en ella como un disco que sigue leyes o designios superiores. Los antiguos pueblos europeos coincidían con el relato bíblico, al ver en la luminosidad celeste una realidad trascendente, superior a cuanto representa el sol.

En cuanto a la noción de empíreo —de *pur*, «fuego», en griego— nos sitúa en el plano de la energía ígnea que se da en la atmósfera cuando campea la tormenta, y el rayo, rasgando las nubes con su estallido, produce las aguas fertilizantes, siempre ansiadas en la época del estío.

Esos tres puntos de vista centrales en la consideración del mundo superior, no podían estar ausentes en el marco de la lengua y la cultura de los eúskaros, toda vez que, desde la prehistoria, nuestro pueblo

(3) El primer tratado de cosmología en euskera ha sido obra de Xalbador Garmendia, cuyo título es: *Lurraren kondaira*, Donostia, 1970.

ha estado en contacto con los pueblos que se sucedieron en nuestro continente, en trance de beneficiarse, en lo material y espiritual, de la inventiva de la razón humana.

En nuestra opinión, el término que mejor conviene al firmamento como realidad altísima y sólida, es el de *urzi*, que es el que se le dio a conocer en zonas vascónicas, en pleno siglo XII, a Ayméric Picaud, y no hay motivo alguno para ponerlo en tela de juicio, admitiendo incluso su doble significación, es decir, en cuanto realidad uránica y como expresión teofánica de esa realidad suprema. Según Julio Caro Baroja, podría establecerse cierto parangón entre *urzi* y *ur* «agua», más concretamente, *auri* «lluvia», toda vez que «las aguas primordiales» constituyeron el elemento central de todas las cosmogonías» (4). Creemos que es muy admisible ese punto de vista, aunque tampoco cabe desear el que *urzi* pueda relacionarse con *uri* en cuanto altura, cumbre, lugar de residencia de nuestros remotos antepasados, no sólo del neolítico, sino también de la época de los romanos. La proximidad del lugar de asentamiento de las gentes con relación al cielo y la idea de que ese firmamento descansa sobre las más altas cumbres, pudo inducir a emplear términos, si no idénticos, muy semejantes entre sí, cuales son *urzi* y *uri*.

En cuanto a la luz celeste, el euskera se vale de la raíz *egu*, *egi* para expresar todo fenómeno luminoso, sin excluir el sol, ya que su nombre más genuino es *eki* y todos sus derivados *eski*, *euski*, *eguski*, *iruski*, etc., arrancan de ahí. Aunque haya prevalecido en euskera el término indoeuropeo de *argi* para significar escuetamente la luz, es evidente que el elemento auténtico es *egi*, *egu*. Así vemos que esta raíz interviene en todos los nombres que tengan algo que ver con los rayos celestes: *egun*, *eguraldi*, *egurats*, señalando no sólo las horas del día, sino también el estado del tiempo en la atmósfera, lo que en el latín se entiende por *temperies* y la gente del campo expresa por *tempero*. Por otra parte, la fachada de la vivienda rural, en cuanto que se halla orientada al Naciente, se expresa por *egutera*, y el poblado en su conjunto, por razones idénticas, por *eskualde*. Incluso nuestro sentido visual, el ojo *begi*, se vale, no ya de *argi*, sino de *egi*. También conviene tener muy presente que en la nomenclatura de los días de la semana en el euskera que hoy llamamos vizcaíno, *Eguen* ocupa un lugar tan señalado como *Os-*

(4) Julio Caro Baroja, *Estudios Vascos*, pág. 23, Ed. Txertoa, San Sebastián, 1973.

tegún en las zonas vasconas, dando a entender que en el plano uránico *Egu* en cuanto realidad celeste tuvo un puesto semejante a *Urzi* (5).

Y ya si nos fijamos en ese mundo que nos rodea y rebasa, no ya como realidad firme y luminosa, sino como energía que domina en ciertos momentos la totalidad visible, la lengua vasca pone en evidencia el término de *iñar* para significar el rayo, lo que hoy entendemos por descarga eléctrica, dando a entender que gracias a su empuje y a su fuerza —*indar*—, se oye el bramido del trueno —*iñarots*— se extiende el arco iris en forma multicolor —*inzirki*— y cae abundante la lluvia tan ansiada tras la tormenta *osteuri*, *indrixka*— (6).

Esas atribuciones de *Iñar* en el firmamento coinciden plenamente con las que se formularon en todo el ámbito indoeuropeo, valiéndose de sus mitologías (7).

URDIN, BURDIN

Muy aceptada fue la creencia de que en momentos de tormenta solía caer del firmamento al suelo, una «piedra de rayo» o *ceraunia* que, después de penetrar en tierra siete estados, luego va aflorando cada año

(5) Refiriéndose al firmamento luminoso en cuanto teofanía, J. M. de Barandiarán escribe lo siguiente: «Es posible que otro de los nombres de esta divinidad fuese *Egu*, puesto que en algunas regiones del país vasco el jueves se llama *eguen* que parece significar «de la luz celeste», «del sol». *Mitología Vasca*, pág. 122, Madrid, 1960. Sobre ese extremo, Julio Caro Baroja sienta la hipótesis de que «la raíz *egu* es la más vieja y autóctona y la raíz *ortz* es más moderna y están en la relación que en indogermánico se hallan las raíces *div* y *werw*, que una expresa la brillantez y luminosidad celeste y la otra la de cubrir, proteger, guardar. Lo que es evidente es que la idea del sol depende del cielo, según lo revela la lingüística y lo dan a entender los datos folklóricos». *Estudios Vascos*, pág. 45.

(6) Al relámpago le corresponde escuetamente el término de *Iñar*, *Inhar*, el cual se ve reducido a *In* en términos derivados como *Iñastura*, *Iñastazi*, *Indriska*.

(7) La trascendencia que llegó a adquirir el cielo tempestuoso en el ámbito de las creencias indoeuropeas, todos los historiadores de las religiones la ponen en evidencia. La tormenta fue considerada como la fuerza que hace caer las lluvias, después de rasgar las nubes, provocando las energías que aseguran la fertilidad de la tierra. El dios céltico *Taranis* —emparentado con el *Thor* germánico— era la divinidad que presidía no sólo el estallido de las tormentas, sino también la distribución de las lluvias y la ordenación de las estaciones del año. En cuanto a *Indra*, en el *Rig Veda* le van consagrados nada menos que 250 himnos como sacralización viviente de la exuberancia vital, de la energía cósmica y biológica. A sus órdenes se hallan los *Maruts*, genios del huracán, que lanzan sus dardos, los rayos, sobre las más diversas zonas de nuestro planeta. Cfr. Mircea Eliade, *Traité d'Histoire des Religions (Dieux de l'Orage)*, págs. 81-84) París, 1948.

hasta colocarse en la superficie (8). No menos conocido es el valor atribuido al hierro meteórico, ya que todavía hoy la famosa *Ka'aba* de la Meca, llamada por los árabes «Metal del cielo», continúa siendo objeto de la máxima veneración, atribuyéndole beneficios de todo género. Por otra parte, los beduinos del Sinaí creen que quien consigue fabricar una espada meteórica, se hace invulnerable al tener que enfrentarse con cualquier enemigo.

El origen «celeste» del hierro queda patente en el vocablo griego *sideros* que se halla en el origen de nuestro concepto de la industria del hierro, la siderurgia, y con relación a la cual no es extraño el latino *sidus*, *sideris* «estrella», ni el lituano *svidu*, «brillar» (9).

Para los pueblos antiguos más avanzados en la civilización, como los cretenses, egipcios e hittitas, el hierro meteórico tenía un valor superior al oro y se utilizaba como material bruto para fabricar armas, muchísimo antes de que se descubriera la fusión del mineral de hierro, 1200 años de nuestra era, en las montañas de Armenia.

No creemos que sea pura casualidad el que en euskera exista una gran semejanza entre los vocablos que convienen al hierro, *burdin*, y al color azul, *urdin*, que es el que conviene al firmamento cuando está totalmente despejado. Cabe admitir que *burdin* perteneciera al hierro meteórico, ese trozo de roca que se sabía cae del cielo, reconociéndole un valor excepcional (10).

En lo que a los colores se refiere, fue inevitable que el hombre primitivo los adquiriese ante lo que más directamente nos brinda la Naturaleza: la negrura de la noche, el verde del campo, la blancura de la

(8) Los romanos denominaban esas piedras *Mallei joviales*, «martillos de Júpiter». Entre los germanos, recibían el nombre de *Donnerkerle*, con equivalente significación. En castellano se conocían por *ceraunias* y, en euskera, *tximistari*, *oñestari*, *ozpinarri* y también *ekaitza* —piedra de luz—, aunque esta última denominación se aplica hoy a la tormenta como tal.

(9) Mircea Eliade, *Herreros y alquimistas*, pág. 21, vers. esp. Madrid, 1959. El primer capítulo de esa obra de Eliade (*Meteoritos y metalurgia*, págs. 17-28) va dedicado al estudio del hierro en cuanto «metal celeste» o «metal estrella» en los más diversos pueblos.

(10) El poeta Luis Mújica, en su obra *Urdin eta Burdin* —Azul y Hierro— intuye la idea arcaica de que la tierra con sus montes, rocas y otros elementos, depende del cielo, en cuanto que cada cosa se halla penetrado del azul celeste: *Gauza bakoitza urdiñezkoa:*

*Mendia urdin,
arkaitza urdin,
zumarra bakarrik
zeruaren samin...*

nieve, el rojo de la sangre, el azul del cielo, etc. Era tanta la sobreestimación de ese carrusel de colores que nos ofrece el arco iris, que los sumerios atribuían un cielo distinto a cada uno de ellos, con su divinidad correspondiente.

Mas no sólo el hierro, sino también el oro y la plata tenían que ver con el mundo sideral: el oro con el sol y la plata con la luna y las estrellas. En el léxico vasco parece vislumbrarse cierto parentesco entre *zillar*, *zidar*, «plata», e *izar*, «estrella». El planeta Venus lleva en euskera el nombre de *artizar*, cuya etimología tendría acaso algo que ver con la expresión «l'étoile du berger», que le conviene en lengua francesa. En todo caso, resulta interesante percatarse de la presencia de la Venus pirenaica, en tiempos de los romanos, en el promontorio de Oarso, como protectora que fue de los que se dedicaban a la explotación de las minas de Meazuri y Arditurri en zonas de Irún-Oyarzun.

También cabe reconocer que en una visión cíclica de las edades de la humanidad, intervenía el simbolismo de los metales, ya que la edad de oro fue poco menos que una situación de ensueño, paradisíaca, que luego hubo de ir degradándose y, pasando por las edades de la plata y el bronce, desembocar en la del hierro, agria, feroz y despiadada, para, otra vez, a través de ciertos cataclismos anunciados por la situación de las estrellas, volver a una era de privilegio. Los vascos también alimentaron esa idea de un mundo en que el dolor e incluso todo esfuerzo penoso se hallaba descartado.

Cuando el cielo va perdiendo su color azulado para adquirir un aspecto oscuro y negro, en euskera se utiliza la expresión de *goibel* —*goi beltz*, «altura negra»—. Cabe también indicar que en ciertos casos el verbo *urdirdu* puede significar cambio, alteración, enmohecimiento. Así, de una cabellera que encanece, se dirá: *burua urdintzen ari zaio*. Que una misma voz sirva a veces para expresar realidades aparentemente contrapuestas, encaja muy bien en la mente del hombre, como expresión de ese dualismo fundamental entrañado en la vida, polivalente en todas sus facetas.

En todo caso, al hablar de los productos de la tierra, no se empleará *urdirdu*, sino *erdoildu*, para dar a entender que algo ha perdido su integridad y su buena calidad esencial. Para significar que el cielo va despejándose, existe la expresión consagrada de *aterri*, *atertu*, dando a entender que se van abriendo brechas en las nubes para dejar paso a un cielo límpido. Y ya cuando prevalece el cielo azulado, se dirá: *zerua urdin urdiña dugu*, sin menoscabo del sustantivo *ostgarbi*, muy utilizado para expresar la misma idea —*ost*, «cielo», *garbi*, «límpido»—.

ODEI, OSTADAR

La idea de que las lluvias proceden de las nubes y de que éstas se forman por condensación en la atmósfera, fue extraña a la mentalidad arcaica, pues ello implica un cierto grado de observación. En el «Génesis» se habla de cierta niebla húmeda que mojó el polvo que dio lugar al barro con el cual se formó el cuerpo de Adán, y también admite Isaías (XVIII, 4), que el rocío sea obra de las nubes. De un modo más explícito, en el libro de los Jueces (V, 4) se habla de que «los cielos y las nubes vierten gotas de agua», cosa que también se admite en el libro de Job, con la salvedad de que los granizos permanecen en depósitos preparados para los días de maldición (XXX, 25-28).

La nube se expresa en euskera por *odei*, *odai*, *ode*, *ore*, siendo *odei* la voz más comunmente empleada. Por *odei-murru* se entiende el nubarrón, las nubes gruesas, el cúmulus, y *odei-jasa* equivale a la chaparrada, siempre bienvenida, a no ser que un temible *odeiasots* anuncie la proximidad del pedrisco, *arria*, *barazuza*, *kaskabila*, *kaskabarra*.

Las mejores lluvias son las de primavera, pues ellas producen un renacer general de la vegetación, como la máxima bendición que nos viene de lo alto: *ost-euri*. En cuanto a las lluvias del mes de Mayo, también merecen un aprecio muy especial, pues entonces es cuando las dueñas de las casas se dedican a hacer un lavado general de la ropa blanca apilada en cuchas y armarios.

Una primera idea de que las lluvias son producidas por condensación atmosférica provocada por la misma tierra, se transparenta en la creencia de que las dos extremidades del arco iris descansan en sendos pozos: *errekatik errekarra*; de ahí que se dedique a beber agua en los arroyos, para luego verterla en forma de lluvia sobre la tierra. Cuando llueve durante nueve días seguidos, se estima que ello se debe al arco iris, y el agua que cae mientras dura en la atmósfera ese fenómeno policromado, posee virtudes medicinales (11).

Además del vocablo *ostadar* para significar el arco iris, Julio Caro Baroja señala el término de *itxaso-adar*, como expresión de la idea de que también el arco se dedica a beber agua del mar. Esta idea existe

(11) R. M. de Azkue, *Euskalerrriaren Yakintza*, t. I, pág. 166. Conviene señalar que además de Ostadar, para el arco iris, existen otros nombres centrados en *In*, —*Inzirki*, *Inzarka*— con esa misma significación. Cfr. G. Baehr, *El arco iris y la Vía Láctea* (R. I. E. V. t. XXII, 1931, págs. 197-201). El término de *Odeiadar* pudo tener el mismo significado al comprobar que ese arco o cuerno celeste se forma en ocasión del agua caída de las nubes.

en Asturias y otras provincias españolas. Un dicho asturiano dice que llueve «cuando la perdiz canta y bebe el arco», a lo que se añade, para que haga verso burlesco, «no hay mejor señal de agua que cuando llueve» (12). También señala Julio Caro Baroja la existencia de esa creencia en autores de la antigüedad clásica como Virgilio, quien usa la expresión: *Bibit ingens arcus* (Georg. I, 380-381) y Ovidio cuando dice: *Purpureus pluvias cur bibat arcus aguas*. (*Metam.* I, 271) (13).

La creencia de que uno puede cambiar de sexo si consigue pasar debajo del arco iris, responde, sin duda, al simbolismo del cuerno, *adar*, que se presta a evocaciones de tipo erótico.

El arco iris iba identificado con la Vía Láctea, *Erroma'ko Zubie*, *Santiago-ko zubie*, denominaciones que evocan las peregrinaciones medievales a dos de las tres ciudades santas de la cristiandad.

Si las lluvias procedentes de las nubes representan el máximo beneficio para el rendimiento de los campos, no puede decirse lo mismo de las granizadas, las cuales han sido consideradas como obra maléfica que se debe conjurar. Ese menester ha sido una ley impuesta por la religiosidad de las gentes, y ello con el máximo rigor, sobre todo entre las dos festividades de Mayo y Septiembre, dedicadas a la Santa Cruz. (14).

En cambio, una buena nevada ha sido considerada como una auténtica bendición, pues equivale a varios carros de excelente abono para la tierra. Cuando la primera nevada es abundante, se prevé que seguirán otras nevadas no menos provechosas: *Elur luze*, *elur gure*. Este término de *elur* parece poder interpretarse por «lo que se convierte en agua»: *el (du)ur*. Asimismo, la voz que conviene a la lluvia, *euri*, podría significar «el agua que viene de lo alto», si cabe vislumbrar en *euri* la presencia simultánea de *ur* y *uri*.

ZULO

Con distintas denominaciones —*Sheol*, *Tul*, *Hades*, *Tartaro*, *Averno*— los pueblos han abrigado la idea de que en el seno de la Tierra existe un mundo inferior, abismal, el cual ha dado lugar a muy diver-

(12) Julio Caro Baroja, *Estudios Vascos*, págs. 23-24.

(13) Julio Caro Baroja, *Ibidem*, pág. 24 (nota n.º 16).

(14) Las dos obras publicadas por Luis Peña Santiago, *Fiestas tradicionales y romerías de Guipúzcoa* y *Las ermitas de Guipúzcoa* encierran datos de gran interés acerca de los conjuros y otras prácticas populares de carácter religioso.

sas especulaciones y creencias. Para los sumerios, ese mundo se identifica con lo más profundo de los mares. Creencia semejante se vislumbra en el libro de Jonás al hablar de «la inmensidad de las aguas», de «los torrentes del infierno» y también de «las olas de la muerte».

El profesor D. Juan Errandonea admite que el vocablo eúskaro más apropiado para significar lo profundo, lo abismal, es *zulo*, teniendo acaso alguna equivalencia con el *sheol* de los semitas y sobre todo con el *tul* de los sumerios (15). Nada se opone a admitir esa suposición si se tiene presente que en la mitología vasca los nombres de los genios subterráneos van frecuentemente acompañados de *zulo*, a fin de indicar el lugar de su procedencia: así, *Gentilzulo*, *Laminzulo*, *Marizulo*, son denominaciones corrientes, aunque también, a veces, *zulo* es sustituido por *leze*. Pero creemos que es muy digno de tenerse en cuenta que a veces aparece el término compuesto de *lezezulo* para dar a entender que no se trata solamente de una caverna —*leze*—, sino de un antro que va en profundidad —*zulo*— (16).

La imaginación de nuestras gentes ha atribuido a ciertos orificios dimensiones mucho mayores que las que poseen en realidad. Así, se ha creído que una sima del Aitzgorri desemboca nada menos que en la sierra de Aralar. También se admite que ciertas profundidades, sin alcanzar otros lugares conocidos, conducen a las mismas entrañas de la tierra. Del pozo de Urbión, de las simas de Okina y Albi, así como de las cuevas de Amboto y Txindoki, se dice que comunican con las últimas profundidades del suelo que pisamos. Es creencia de que en algunos de esos precipicios cayeron animales o personas que desaparecieron, sin dejar la menor traza y sin poder ser rescatados (17).

(15) Juan Errandonea, *Analogías vascas en el vocabulario sumero-semítico*, pág. 68, Roma, 1953. En este estudio del que fue ilustre catedrático de lengua y cultura suméricas en la universidad de Madrid, se establece cierto posible parangón entre el euskérico *zulo* y el sumérico *tul*, «como nombre del mar, toda vez que no lo consideramos ajeno al uso del vascuence actual: *ur-zulo* se llama todavía el remanso o pozo que se forma a veces en el cauce de un arroyo. Pero en vano trataríamos de identificar en *zulo* el exponente de una teoría cosmológica, es decir, el gran abismo que con el cielo y la tierra forma la trilogía de las antiquísimas sumero-acadianas, cuyo eco se deja sentir en los primeros versículos del Génesis».

(16) J. M. de Barandiarán, *El mundo en la mente popular vasca (Creencias, cuentos y leyendas)*, págs. 19-20.

(17) J. M. de Barandiarán, *Ibidem*. Diremos por nuestra cuenta que en la parte francesa de Behobia existe en el alto de Malkarroa un orificio que se cree desemboca, a varios kilómetros de ahí, en Tellatu-baita. Asimismo, en el hermoso vergel, hoy desaparecido, que pertenecía a D. José Echenique, a orillas del Bidasoa, existía un pozo donde, según nos decían cuando éramos niños, había caído nada menos que un caballo y había desaparecido en sus profundidades.

En cuanto a los manantiales, riachuelos y ríos, se admite que su origen radica en las aguas depositadas en el gran abismo. En algunas cavernas se oyen los ruidos subterráneos de esas aguas, a las cuales se les atribuyen espacios descomunales. No es raro que las mejores fuentes, las que dan agua potable durante todo el año, vayan dedicadas al numen ctónico o subterráneo que asegura ese beneficio providencial. Son muchas las fuentes que hoy van dedicadas a la Virgen María, señalando por ahí la cristianización de que fueron objeto al implantarse la religión revelada por Cristo; pero quedan todavía manantiales en que se vislumbra, con variantes diversas, la *Ma* telúrica que recibía en todo el ámbito del neolítico euroasiático un culto muy especial. Cuando se trata de aguas medicinales, como las de Bidart o Irún, aparece el término de *Uron*, *Uronea*, para significar que equivale a un agua eminentemente saludable (18).

Por *ur-zulo* se entiende el pozo de agua que se forma en los ríos, y al manantial, al riachuelo y al río les corresponden términos centrados directamente en *ur*: *urbegi*, *urto*, *urandi*, aunque el término de *ibai*, no deje de manifestarse en Ibaiondo, Ibaizabal y problememente también en Baiona que corresponde a la bella ciudad laburdina que se halla precisamente en la confluencia de dos ríos: La Nive y el Adour. Cabe parangonar el nombre de la La Nive con el de la Nivelles, de San Juan de Luz, y el Nervión, vislumbrando alguna influencia ligur, pues ese término de Nervi dista mucho de ser extraño en la Liguria italiana. Asimismo, el río Deva nos recuerda no sólo otro río del mismo nombre existente en zonas de Cantabria, sino también el Devon que, además de río, equivale a todo un condado de Inglaterra.

A pesar de esas «anomalías» en la designación de algunos de nuestros grandes ríos, lo corriente es que prevalezca *ur* en la designación de nuestras corrientes acuáticas: *Urumea*, *Urbi*, *Urederra*, *Urberoaga*, *Urotz*, *Urepel*, etc. Diremos que los habitantes de Itsasu que residen a orillas de La Nive, designan su río por *Urandi* y los riachuelos que desembocan en él reciben el nombre genérico de *basura*, «agua del bosque o de la selva».

Además de agua, se admitía que en el seno de la tierra existiera

(18) En la obra *Lo que el río vio*, de Luis de Uranzu, cronista que fue de la ciudad de Irún, pueden hallarse datos de interés sobre las formas de devoción centradas en la Virgen del Juncal y en la antigua ermita de Ama Santalen, cuyas aguas fueron muy apreciadas desde la antigüedad, con gran concurso de gentes de otras localidades. En la localidad de Bidart se mantiene esa forma de culto en la ermita de la Virgen de Uronea.

fuego, ya que todos los fenómenos ígneos que se dan en el firmamento, tienen su origen en cuevas o cavernas que comunican con el abismo. Tanto las estrellas fugaces como los cometas reciben el nombre genérico de *sugar*, «fuego llameante», y en el plano mitológico encajan en la aparición de *Marimunduko*, en cuanto que equivale a la mera manifestación del genio telúrico que sale de uno de sus antros para trasladarse de una cumbre a otra (19).

En cuanto al sol en su ocaso y la luna en sus tres noches de oscuridad total, se creía que se sumergen en lo más hondo de la tierra. Resulta muy expresivo el saludo vespertino dirigido al rey del día cuando deja paso a la noche: *Eguzkia yoan da bere amangana, biar etorriko da eguraldi ona bada*. (Ya se ha ido el sol hacia su madre y mañana volverá a manifestarse si el tiempo es bueno).

Esa idea de que el ocaso del sol equivale a hundirse en el seno de la Tierra, fue general en tiempo arcaicos, si nos atenemos a que, para los sumerios, el astro del día va hacia su madre Ereshkigal, la diosa de los infiernos, para volver a mostrarse luminoso y radiante el día siguiente, «surgiendo de la gran montaña del abismo» (20).

LUR

La idea de que la Tierra pueda ser redonda, fue extraña a la imaginación de las gentes, ya que, según las apariencias, se la consideraba tan sólo en un plano horizontal. Incluso se admitía que en un tiempo primordial no hubiera montañas y que todo fuese llano. Efecto del Diluvio fue el que surgieran precipicios, rocas y montes. En cuanto a las dimensiones de nuestro planeta, en nuestras leyendas se da a entender que su extensión es muy grande; y se hallaba poblada de bosques donde era fácil extraviarse (21).

Un viejo proverbio vasco dice que todo país extraño es país de «lobos»: *atzerri, otserri*, debido a lo cual no es recomendable alejarse del ámbito donde uno vive habitualmente: *Atzerriyan lurra garratz, oñak ipiñi zak baratz*.

La palabra *lur* que conviene a la Tierra en su totalidad, se aplica también, de un modo muy especial, a la entraña, al *humus*, zona viva

(19) J. M. de Barandiarán, *Mitología vasca*, pág. 111.

(20) Juan Errandonea, *op. cit.*, pág. 54.

(21) J. M. de Barandiarán, *Mitología vasca*, págs. 53-54.

que produce todo el mundo vegetal necesario para los seres vivientes. Si por *lur-ustel* se destaca el estado de fermentación vital en que se encuentra la tierra, *ildo* viene a ser el surco donde muere la semilla en un terreno debidamente preparado para ello: *luraska*. Cuando se roza un terreno nuevo se dice *lurra berritu* y cuando se labra la tierra, se dirá *lurra gorritu*, «ponerla al desnudo». Un terreno, lote o campo destinado a la siembra se denomina *alor*, y su fruto viene a ser *alorta*. Es de hacer notar que *arlo*, voz muy emparentada con *alor*, significa esfuerzo, trabajo, concepto que también se expresa por *lan*. Cuando se quiere poner de manifiesto que un trabajo se impone como algo apremiante, se dirá *lan arlo*.

En contraposición a *lur*, nos encontramos con el término de *lar* para expresar el aspecto externo de la tierra, con un doble sentido, ya que lo mismo puede significar pradera, dehesa, buenos pastos, como abrojos o zarzal, donde no puede darse la buena hierba, *belarra*. Si por *larratz* se entiende un terreno inculto, *larregi* viene a ser una ladera de monte apta para los ganados.

En todos los pueblos de la antigüedad, las cumbres más altas, por hallarse en contacto aparente con el firmamento y los elementos atmosféricos, tuvieron un carácter sagrado. En nuestro país fueron cristianizadas mediante la erección de ermitas dedicadas a la Santa Cruz, la Trinidad, el Espíritu Santo, San Salvador, San Miguel, e incluso Santa Engracia, como protectora de los campos. No pocos collados van dedicados a Santa Bárbara, como abogada ante los peligros del rayo. Quedan lugares montuosos que llevan los nombres de Ortanzurieta y de Ekaitza, el primero dominando un paisaje soberbio, desde Roncesvalles, sobre el solar navarro, y el segundo en las inmediaciones del monte Mendaur, dando a entender que representan lugares donde cae con frecuencia el rayo. Todavía hoy se dice que la cumbre de Ortanzurieta es el sitio donde con preferencia descarga la chispa eléctrica, con la particularidad de que, antes de penetrar bajo tierra, rebota varias veces en una de sus laderas (22).

Varias consejas nos representan a San Miguel y al Demonio como arquetipos de la zona altísima y de la zona abismal, respectivamente. En San Miguel de Aralar la lucha se entabló alrededor de un personaje legendario, Teodosio de Goñi. En cambio, en San Miguel de Ereñozar, en la costa vizcaína, la pugna tuvo lugar directamente entre el arcán-

(22) Ese detalle de interés que explica el origen del nombre y su larga permanencia desde los tiempos gentílicos, me fue dado a conocer por doña Claudine Narbaitz, dueña de la mansión de Irauzketa, en Valcarlos.

gel y el genio de las tinieblas. Se trataba escuetamente de adueñarse del monte, de constituirse señor de la cumbre. Para ello tenían que dar un salto desde el lugar en que se encuentra emplazada hoy la ermita. En primer lugar lo hizo el demonio, consiguiendo una marca bastante buena; después, el arcángel, mejorando bastante esa marca, cosa que hoy puede verificarse viendo las huellas de las cuatro plantas de ambos contendientes, incrustadas en una roca próxima al último repecho que conduce a la cima del monte... (23).

Los cuatro puntos cardinales se establecen mirando, primero al Naciente —*Sortalde*—, luego al Poniente —*Sartalde*—, después al Norte —*Iparalde*— y luego al Sur —*Egoalde*—. Como es lógico, los vientos corresponden a esas direcciones en su nomenclatura: *Ipargorri* es el cierzo, mientras que *Iparbeltz* es el noroeste. En cuanto al viento sur, racheado, *Egoaize*, a veces llega penetrante y frío, después de «haber besado a las nieves de las serranías»: *Mendiari muxu emanda*, según reza un dicho muy popular. Por *Egotxuri* se entiende el Sudeste, y ya el viento del Oeste, *Itxas-aize*, es el que prevalece, con la persistencia de las lluvias cantábricas. El viento del Este es «el del sol», *Eguzki-aize*.

Se admite que los vientos tengan su origen en simas de monte, pozos de agua, etc. Así, en Leiza dicen que cuando el manantial de Maimur se agota y deja, por excepción, de producir agua, entonces surge de ahí el *sorgin-aize* o viento huracanado que corre por toda la regata hasta la Landa, donde diezma las mieses (24). Asimismo, del viento fuerte que habitualmente sopla en las inmediaciones de la ermita de la Virgen de Belagua, en el Roncal, se dice que viene directamente de una de las simas existentes en las estribaciones de los montes cercanos (25). Cabe decir, que si el *aize-beltz* es temible para los hombres de la costa, no lo es menos el *aize-osin* o *aize-turupil* en el ámbito de la gente del campo, cuando las mieses están en sazón. En cambio, cuando sopla el *aize-arin*, viento suave o blando céfiro, se acepta ese beneficio como una bendición...

(23) Ese relato sobre San Miguel de Ereñozar lo debo a D. Juan Gabica, párroco de Ereño, con quien tuve la oportunidad de subir a la cumbre del monte en el verano de 1974. Una variante de esa leyenda puede verse en J. M. de Barandiarán: *El mundo en la mente popular vasca*, pág. 129.

(24) Creencia muy popular en Leiza que me fue dada a conocer por doña Juanita Azpíroz, señora de la casa Echeberría, de esa villa.

(25) Pude darme personalmente cuenta de la presencia de esa corriente de aire vivo un día de Agosto muy soleado. El amigo del Roncal que me condujo a Belagua, me advirtió que al acercarme a las inmediaciones de la ermita, percibiríamos un viento bastante fuerte que, al decir de la gente, se origina en una de las simas de los montes cercanos.

EGUNE, ILLUNE

En las lenguas derivadas del indoeuropeo, la luz, el día y el sol se expresan con términos distintos: *lux*, *dies*, *sol*, en latín, y *light*, *day*, *sun* en inglés. De ahí puede deducirse que para los arios, lo mismo que para los semitas, caldeos y otros pueblos de la antigüedad, la luz del firmamento en su diafanidad diurna, constituye algo muy superior al astro del día, siendo éste una especie de disco colocado en medio de la gran luminosidad que lo abarca todo. Algo parecido cabe decir de lo que a la oscuridad de la noche se refiere, ya que nos encontramos con *nox* y *luna* en latín, y *nigh* y *moon* en inglés, es decir con dos términos distintos para significar las tinieblas y el astro que brilla en medio de ellas.

En el marco de la cultura vasca la lingüística revela exactamente lo contrario, o sea, que el día, la luz y el sol coinciden en una misma e idéntica denominación. Si por *egi* se entiende la luz, *eki* viene a ser el sol, y *egune*, el día, literalmente «el momento de egu o eki». La misma relación se palpa en lo que a la noche se refiere, ya que *illune*, que significa oscuridad nocturna, literalmente equivale a «momento de la luna».

Ya hemos indicado el predominio del indoeuropeo *argi* para expresar escuetamente la luz, pero ello no obsta para que, al lado de: *argia da*, para significar que ha clareado el día, se emplee también, y muy corrientemente, *eguna da*, dando a entender que han desaparecido las horas de la noche. Por otra parte, siempre que se quiera destacar la verdad de una cosa como luz del entendimiento, nunca se dirá «ori argia da», sino más bien «ori egia da».

Con relación a la noche, existe también el término de *gaba*, al lado de *illune*. Cabe matizar que *illune* se refiere a la oscuridad, mientras que *gaba* es la noche como tal. Así, se dirá *gabon* para expresar «las buenas noches» y nunca *illun on*. Asimismo, por *Gabon-gaba* se entiende la Nochebuena, o sea, la Noche por excelencia. Hay razones para admitir la hipótesis de quienes establecieron de que *gaba* hubo de aplicarse a las noches cerradas, sin luna, y de un modo especial y a las tres noches en que desaparece nuestro satélite, antes de comenzar otro ciclo nocturno.

Asimismo, es inevitable destacar la presencia de *aste* que, si bien hoy significa «semana», cualquiera de las semanas del mes solar, hubo de convenir antiguamente a período o fase lunar, toda vez que *astelen*,

astearte y *asteazken*, que hoy corresponden a lunes, martes y miércoles, hubieron de coincidir con *ilgora*, *ilbete* e *ilbera*, o sea a las tres fases lunares: creciente, llena y menguante. Una de las estelas aquitanas dedicada a *Asto-Illuno deo* pone de manifiesto esa doble terminología lunar, como expresión de dos culturas superpuestas, siendo la que corresponde a *ill* la más genuina.

Por otra parte, no ya en lo concerniente al día como fenómeno luminoso, sino como medición del tiempo, nos encontramos con que es corriente emplear *gaur* en lugar de *egun*, en cuanto reminiscencia de lo que Julio César señalaba en todo el ámbito de las Galias y debió de corresponder a un procedimiento semejante entre las poblaciones ibéricas: ... *spatia omnis temporis non numero dierum, sed noctium finiunt; dies natales et mensium et annorum initia sic observant, ut noctem dies subsequatur* (26).

Cabe señalar que en las zonas continentales de nuestro país ha prevalecido *egun* en lugar de *gaur* para indicar «el día de hoy», pero se emplea *bigar*, *bigaramunian*, literalmente «al cabo de dos noches», para significar «el día siguiente, el de mañana». También puede indicarse que algunos escritores de nuestras zonas guipuzcoanas emplean *gaur egun*, lo cual no deja de tener cierta apariencia de pleonasma...

Un término bastante controvertido es el de *illunabar*, que hoy se emplea para significar el atardecer, aunque tampoco es raro que se utilice para el amanecer «goizeko illunabar». Se han dado de ese vocablo, las más inverosímiles interpretaciones, cuando su etimología no puede ser más clara, ya que *abar* acompañado de *illun* sólo puede significar «el cuerno de la luna». Eso se da, de modo evidente, en la fase inicial y también en la fase final del ciclo lunar, cuando el astro de la noche se presenta en el firmamento nocturno en momentos muy distintos y también en posiciones contrapuestas. Ver, por ejemplo, la luna en forma de hoz o de cuerno, sobre la bahía de la Concha, dominando un bellissimo paisaje de monte y mar, en un atardecer en que las nubes brillan por su ausencia, no deja de ser un espectáculo que tiene su encanto. Lo mismo cabe decir cuando al amanecer, se deja ver la luna en su fase final, también en forma de cuerno y acompañada del planeta Venus, coincidiendo en su lento desaparecer, tras el monte Larrún, con el despuntar de los primeros rayos solares sobre la cumbre redondeada de Txoldokoegaña.

(26) Julio César, *Bellum Gallicum*, Liber VI, XVIII.

Las horas posteriores al mediodía —*eguerdi*—, es decir, las de la tarde, se expresan en euskera por *arratsalde* y también por *atsalde* o *atzalde*, según las zonas del país. El hebraico *akharon*, para significar la tarde, quiere decir «lo que queda atrás», por oposición a *qedem* «lo que está delante». El término de *atzalde*, de ser genuino, podría coincidir con esa manera de ver el declinar del día. Por otra parte, la voz castellana «tarde» tiene su origen en el latino *tardus*, que denuncia lo que se mueve penosamente, con dificultad, y con cuya idea tampoco está reñido el vocablo *arratsalde*, ya que *arrasta*, *arrastaka* pone en evidencia la idea de algo que se arrastra penosamente. Un nombre muy expresivo para el amanecer es *goiz* que, al parecer, sintetiza las ideas de altura y de luz, en contraposición a *goibel* —*goi beltz*— cuando, en lugar de luz, el cielo aparece negro de nubes.

ASTEGUNAK

Los días de la semana entre los latinos iban dedicados a otras tantas divinidades estelares y planetarias: El Sol, la Luna, Marte, Mercurio, Júpiter, Venus y Saturno. Ya después del cristianismo se mantuvo esa nomenclatura, excepto para el Domingo que se convirtió en Dominica, «el día del Señor», y el Sábado, nombre judío y día de fiesta para ellos, lo cual los cristianos trasladaron al día siguiente.

Los pueblos nórdicos de Europa mantuvieron íntegra, después de su cristianización, la denominación pagana de los días de la semana, sin excluir el Domingo, *Sunday*, día del Sol, ni el sábado, *Saturday*.

Si nos fijamos en el ámbito cultural del pueblo vasco, observaremos que se dan dos posiciones muy desiguales. Así, los várdulos-autrigones aceptaron un influjo cristiano mayor que el que se dio en las lenguas derivadas del latín. Además del Domingo (*Domeka*) y del Sábado (*Zapatu*), el Viernes (*Bariku*) y el Miércoles (*Eguazten*), llevan el sello manifiesto de la nueva religión revelada. Respecto al Miércoles, dice Don Juan Gorostiaga que viene a ser el día de la Estación (*Estationem*), el día de ayuno en recuerdo de la decisión sacrílega del Sanhedrín: «En resumen, escribe Gorostiaga, junto a *Illen*, *Martitzen* y *Eguen*, «Lunes, Martes y Jueves», tenemos de una parte *Zapatu* y *Domeka* «Sábado y Domingo» siempre unidos en las funciones litúrgicas de la misa y visperas, como de otra parte *Eguazten* y *Bariku* «Miércoles y Viernes», igualmente hermanos en el ayuno eclesiástico» (27).

(27) Juan Gorostiaga, *Los nombres de los días de la semana*, «Euskera», Bilbao, IV, 1959, págs. 87-93.

Ya en el ámbito de los vascos orientales, los días de la semana en su denominación no llevan la menor traza de cristianismo. Así, los tres primeros días, centrados en *Aste*, ponen de manifiesto el antiguo culto lunar, y el Jueves y Viernes van dedicados a *Osti- Ortzi*. El sábado, según las zonas, se denomina por *Larunbata (Lagunbata)*, *Neskaegun* o *Egubakoitz*. En cuanto al Domingo, se conoce por *Igande*.

Con relación a los tres primeros días, Astarloa, obsesionado con que *aste* sólo puede significar «comienzo», reducía los nombres de *Astelen*, *Astearte* y *Asteazken* a los tres momentos de la luna en su creciente, o sea que no iban más allá de la fase lunar que desemboca en plenilunio. A su vez, Juan Bautista Erro desecha el que *aste* necesariamente tenga su fundamento en *asi* «comenzar», e interpretó esos tres nombres como «el primer día de la luna», para *Astelen*, «los tres días de plenilunio», para *Astearte*, y «el último día de la luna», para *Asteazken*. En cambio, Arturo Campión resueltamente afirma que *aste* no puede referirse a «días» sino a «períodos» y ve en esos tres nombres otras tantas fases que correspondían al crecer y decrecer del astro, sin excluir claro es, el plenilunio (28).

El Jueves y Viernes —*Ostegun, Ostiral*—, se hallan evidentemente centrados en *Osti, Ortzi*, divinidad semejante a todos los grandes dioses uránicos. El Jueves eúskaro correspondía al *dies Jovis* latino, día festivo que todavía perduraba en ciertas zonas vascónicas en el siglo VI, si nos atenemos al canon número 15 del Concilio de Narbona, celebrado el año 589, en el cual se denunciaba a los vascos orientales de una manera expresa: «Oimos que muchos celebran el Jueves a la manera de los paganos. Quien, excepto los días festivos, solemnizare esos días, sea excomulgado y haga un año de penitencia si es persona libre» (29).

El término de *Ostiral* u *Ortiziral* que corresponde a Viernes, se ha interpretado como «día siguiente al de Osti». Existen todavía ciertos tabús respecto a ciertos trabajos caseros para ese día, como sacar estiércol, etc. Ese influjo de un día festivo sobre el siguiente día, se mantiene todavía en nuestro ambiente: así por Bixintxo, Migueltxo, al igual que, por ejemplo, Vicentico, en zonas de habla castellana, se entiende el día siguiente a las festividades de San Vicente y San Miguel. Cabe señalar que en francés es de rigor la «refête» que actualmente se traslada al domingo siguiente de la festividad del santo patrono local.

(28) Acerca de la interpretación de *aste* por Astarloa, Erro y Campión, ver: Julio Caro Baroja, *Estudios vascos*, págs. 94-95.

(29) Ese texto del Concilio de Narbona, celebrado el año 589, va citado por R. M. de Azkue, *Música popular vasca* (Primera conferencia, págs. 94-95).

Los tres nombres distintos que corresponden al Sábado, expresan, a nuestro entender, ideas complementarias. En efecto, si *Larunbata* o *Lagunbata* expresa toda suerte de reuniones locales, sean del concejo, de la vecindad, de los jóvenes en la preparación de mascaradas u otra clase cualquiera de festejos, sin excluir las reuniones para las buenas partidas de mus que, a veces, se prolongan hasta el amanecer, pues no terminan más que con la «sopa de ajo», «sorgin-gozari» tradicional. Por otra parte, a media tarde del Sábado la gente del campo interrumpe sus faenas para disponerse, cuando menos físicamente, con un buen lavado y afeitado, a celebrar el día festivo del domingo; de ahí, el término de *Egubakoitz* «día de libre disposición», por lo menos a partir de ciertas horas del día.

En cuanto a *Neskaegun* que también conviene al Sábado, sobre todo en la Baja Navarra y en Zuberoa, su explicación no ofrece mayor dificultad, si se tiene presente que, después de los esponsales, los novios iban a casa de sus prometidas el Sábado al atardecer y, después de cenar con los familiares de ella, quedaban a solas en la cocina hasta altas horas de la noche, sin que nadie tuviera la menor idea de venir a molestarles (30).

Los que no son novios también «pelan la pava», en esas *erretira txarrak*, tantas veces denunciadas desde los pulpitos, por las consecuencias inevitables que traen. Un dicho vizcaíno, *Neskak Araban*, «Donce-

(30) Según D. Juan Gorostiaga, *Neskaegun* podría significar «el Sábado como día consagrado a la Virgen». A su vez, Julio Caro Baroja cree poder vislumbrar en esa denominación «alguna costumbre festiva no bien precisa». Nuestro punto de vista de que era el día señalado para que el novio pudiera visitar en su domicilio a su prometida, queda atestiguado por lo que la señora d'Abbadie d'Arrast indica refiriéndose a las costumbres de la Baja Navarra y de Zuberoa sobre ese particular: «Todos los sábados, es decir, en *Neskaegun*, el novio va a pasar la velada con ella (la novia) y es ella quien le prepara la cena: castañas asadas, leche de oveja, cuajada, queso, huevos con tomate y una tajada de jamón frito que se llama *chingarra*, galleta de harina de maíz que se denomina *talua*, pan de maíz o torta; ella le ofrece un verdadero festín y pone en ello todo su amor propio; quiere que él aprecie su talento culinario». El libro de la señora d'Abbadie se titula «Causeries sur le Pays Basque»; fue publicado en 1908, pero su autora dice que los datos recogidos son de treinta años anteriores, gracias a la amistosa colaboración del Doctor Dihursubehere y su señora, de Baigorri, a quienes va dedicado el libro. La versión castellana se debe a Ignacio Basurko Berroa, en la colección Auñamendi, 1959. Lo que la distinguida escritora dice refiriéndose al país vasco continental, hemos podido verificarlo en zonas como los valles de Basaburua y Larraun, en que ha sido costumbre el que el prometido vaya a casa de su futura esposa los sábados al atardecer y, después de cenar con los familiares de ella, queden ambos solos en la cocina, sin que nadie pueda luego molestarles.

llas en Alava», con su excesivo laconismo, expresa cuanto cabe entender sobre la integridad virginal de las muchachas casaderas...

Respecto al término de *Igande* que corresponde al Domingo, se ha aceptado de modo muy rutinario, el punto de vista de Astarloa de referirlo a la luna, concretamente al plenilunio —*igo andi*—, ocasión, en lejanos tiempos, al decir de Estrabón, de grandes regocijos campestres, desde luego nocturnos, en campas cercanas a los poblados.

Diremos, por nuestra cuenta, que el atisbar en la semana vasca nada menos que cuatro días dedicados a la luna y ninguno al sol, cuando es bien sabido que, anteriormente al cristianismo, el Domingo era el del *Sol Invictus*, centrado en el Imperio Romano, en el culto ecuménico de Mithra y celebrado en todos los países bárbaros, en los solsticios, como los más alegres y solemnes del año, se nos antoja como algo muy anormal y hasta cierto punto aventurado. Creemos que si en *Igande* se ve tan sólo una simple metátesis de *Egandi* —*Egu andi*— queda todo bien clarificado, ya que entonces podemos decir que *Egu*, al igual que el *Sun* de los nórdicos o el *Sol* de los latinos, prevalecía en la devoción y el culto de los eúskaros.

Y esto resulta tanto más fácil de aceptar, cuanto que en la semana vizcaína nos encontramos con que el Jueves va dedicado a *Eguen*, el día de *Egu*, es decir, del Sol, dando muy a entender que, cuando prevaleció *Domeka* para expresar el Domingo, se hallaba tan fuertemente arraigado el culto de *Egu*, que en lugar de eliminarlo radicalmente, lo que se hizo fue trasladarlo al Jueves, día de *Osti*, *Ortzi*. Así al dar a entender que *Egu* vale tanto como *Osti* en el plano uránico, los vascos occidentales podían haber sido también excomulgados por los excelentes Padres Conciliares de Narbona...

ILLAK

La voz que en euskera correspondía a la idea de mes es *ill*, que significa luna, aunque también es empleo corriente el término de *illabete*, cuya etimología es «luna llena». Esta valoración de la terminología lunar para los meses que hoy encajan en el año solar, se da también en las lenguas derivadas del indoeuropeo. Así en alemán la luna es *mond*, y el mes, *monat*; la misma relación se vislumbra en griego entre *mên* y *mênê*. Incluso la idea de medida —*mensio*, *mensurare*, *immensus*— tiene su origen en la consideración del mundo lunar.

En opinión de Julien Vinson, el año vasco antiguo comenzaba en el equinoccio de Otoño, y el último mes del año precedente, que correspondía más o menos a nuestro mes de Septiembre, era *Buruilla*, «el último mes». Pero a veces había que añadir otro mes adicional. al cual correspondía el nombre de *Iraila*, interpretando el prefijo *ira* como lo que rebasa, sobrepasa, se añade.

Es muy posible que las cosas sean más sencillas, ya que, al parecer, los nombres de los meses expresan la vida del hombre en los campos y en los bosques; más en la selva que en el agro. Además, conviene tener presente que cada mes puede llevar varios nombres, según las zonas del país y también debido a los distintos puntos de vista que se pretende hacer resaltar. Así, el mes de Enero puede designarse por *Ilbeltz*, *Urtarril* o *Urteberri-il*, según que se vea «el mes negro» por sus largas noches, o más bien el «primer mes del año».

El mes de Febrero lleva dos nombres relacionados con el mundo animal: *Zezeil*, *Otsail*, mes del toro y mes del lobo. Es posible que esos nombres pongan de relieve prácticas y fiestas que se daban en el ámbito del Imperio romano durante el mes de Febrero. Así, la ceremonia conocida por *Casta Februa* consistía en rociar los establos con sangre de toro sacrificado, y las *Lupercales* se efectuaban en memoria de la loba que amamantó al Fundador de la Urbe.

Puede muy bien admitirse esa influencia de la civilización romana, pues nuestro país no fue del todo extraño a los cultos que se daban en el conjunto del Imperio romano. Tampoco cabe desechar el que *Zezeil* refleje alguna costumbre indígena centrada en el culto del toro, y que, a su vez, *Otsail* respondiese a la necesidad imperiosa de dar caza a los lobos que abundaban en nuestros bosques. Las Ordenanzas del valle de Oyarzun determinan que, cada año, salgan hombres armados, unidos a otros de Irún y de Lesaca, para dar batidas contra los lobos, antes de que los pastores inicien su subida a las cumbres con sus rebaños. Lo mismo se exigía, ya todavía entrado el presente siglo, entre cuadrillas de cazadores de Leiza, Gorriti, Ezcurra y Eraso.

Marzo es el mes de la poda, *Epailla*. Al canto del «gallo de Marzo» se le atribuye una virtud muy especial contra los hechizos y sortilegios: *Martxoko ollarra, otoi, baila dakidala!*, ésta era la imprecación que se hacía cada vez que uno se hallaba en mal trance...

Al mes de Abril se le conoce hoy por *Apirilla* y se le atribuye abundancia de aguas. Es creencia de que si llueve el primer día de ese mes,

no dejará de llover durante todo el mes: *Il guzian iru egun ezтира aterri izaten*. El nombre euskérico tradicional de Abril es *Opeil*, el mes de las «opillas», de las tortas que todavía hoy se confeccionan para que las madrinas las puedan obsequiar a sus ahijados, reminiscencia de las meriendas campestres que se celebraban en ocasión del equinoccio de primavera.

Mayo se conoce por *Loreil*, *Orril*, *Ostoil*, el mes de las flores y de las hojas, más de las hojas que de las flores, pues en Junio, concretamente el día de San Juan, es cuando se confeccionan los ramilletes de flores que se llevan a las iglesias para ser bendecidos, antes de colocarlos en las ventanas o puertas exteriores de las viviendas rurales, con fines diversamente benéficos para sus moradores. El nombre de *Maiatz* tiene su origen en las fiestas de las Mayas que se celebraban el primer día de ese mes.

Junio y Julio vienen a ser, respectivamente, los meses de la cebada y del trigo, *Garagarril*, *Garil*, lo cual nos sitúa más que en *Saltus Vasconum*, en el *Ager Vasconum*, o sea, en terrenos llanos de la estepa castellana o de las Landas de Aquitania, donde era factible cultivar amplios campos de cereales. Para el mes de Junio existe también el término de *Ekaina*, que, al parecer, por hallarse centrado el vocablo en *eki*, «sol», hubo de significar el solsticio de verano, el cual, coincidiendo con las fiestas de San Juan, continúa siendo, en el agro vasco, uno de los días más alegres del año.

Ya como en Agosto las tierras de pan traer se ven reducidas a rastrojos, donde se dedican a pastar las primeras bestias que bajan de la sierra, le conviene el nombre de *Agorril*, mes de la esterilidad aparente de los campos. En cambio, el mes de Septiembre, con sus nombres de *Irail*, *Garoil*, evoca las faenas muy tradicionales del corte del helecho y del rechinar pintoresco de los carros que bajan cargados de la tan apetecida planta, dando chirridos estridentes, como obedeciendo a un ritual.

El mes de Octubre nos sitúa todavía más en la selva, *Urril*, con la recogida de la bellota, con la cual, según testimonio de Estrabón, se confeccionaba la harina necesaria para el pan de cada día. Ya en Noviembre se impone la siembra, *Azil*, el estercolamiento, *Gorotzil*, y también la recogida de la muy abundante castaña, *Gaztañazitu*, existente en todo el ámbito del país. El mes de Diciembre nos sitúa en pleno invierno, *Neguil*, mes del sueño y parálisis de la tierra: *Lotazil*.

URTE

Para la mentalidad arcaica, los fenómenos fundamentales de la vida se repiten sin cesar, hasta el punto de que esa repetición es lo que confiere realidad al acontecer de nuestra existencia. La idea de que el tiempo puede tener un alcance irreversible, fue desconocida por el hombre hasta tiempos no muy lejanos. De ahí que el año nuevo conecte con el año viejo dentro de un círculo de acontecimientos ya previstos. Esta previsión, según el profesor Mircea Eliade, «se funda en la observación de los ritos biocósmicos, lo cual entraña la creencia de una regeneración periódica del tiempo y esto presupone, en forma más o menos explícita, una creación nueva, es decir, una repetición del acto cosmogónico» (31).

Los rituales de los días que preceden o siguen al año nuevo, fueron agrupados por Sir James Frazer, y vemos que todos ellos tratan de poner de manifiesto que a la abolición del año viejo corresponde inmediatamente una restauración del tiempo primordial; equivale a un tránsito del caos al orden cósmico. Los combates rituales entre dos grupos de figurantes, la presencia de los espíritus ancestrales, las Saturnales, muchas manifestaciones aparentemente carnales, algunas de ellas de carácter orgiástico, denotan la disgregación del tiempo en el momento en que fenece el año para volver a resurgir inmediatamente en ocasión del año nuevo (32).

Teniendo muy presente los ingredientes de esa mentalidad, cabe admitir que el vocablo *urte* que corresponde en euskera a «año», venga a significar «lo que surge», considerando que ese sustantivo tenga mucho que ver con el verbo *urten*, que significa precisamente salir, surgir, resurgir. Así como del verbo *yakin* se deriva *yakite* «conocimiento» y del verbo *izan* proviene *izate*, «el ser», nada se opone a que *urte* sea mera derivación de *urten*, coincidiendo plenamente con lo que la etnología pone al descubierto en lo referente al tránsito del año viejo al año nuevo en la mente arcaica de todos los pueblos.

Muchas manifestaciones que encajan en lo que entendemos por Carnavales y arrancan desde la fiesta de la Epifanía hasta el primer día de Cuaresma, en tiempos pasados pertenecían a maneras de expresar el gran acontecimiento del cambio de un año a otro. Los Txantxurros de

(31) Datos del máximo interés referente al Año Nuevo como reactualización del caos primordial y el renacer de una nueva creación sobre «las profundidades acuáticas», mediante «el establecimiento de formas firmes», puede verse en Mircea Eliade, *El mito del retorno eterno*, págs. 51-58, vers. esp. Madrid, 1959.

(32) Sir J. G. Frazer, *Le bouc émissaire*, trad. franc., París, 1925.

Ituren, con el estrépito de sus enormes cencerros, con lo cual se perseguían finalidades de carácter antidemoníaco; los combates de Zube-roa entre grupos disfrazados luchando por hacerse dueños de una localidad; el bullicio ensordecedor que todavía en la Nochevieja se origina en todo el vecindario de un barrio o un poblado, para marcar muy a lo vivo el paso del año viejo al nuevo, todo ello hace destacar ese sentimiento de que se trata de un renacer cósmico del año entrante, con el vivo deseo de que resulte muy propicio.

Muy revelador de lo que el Año Nuevo debe representar para la felicidad de la vida hogareña, es el augurio que en forma de saludo —*urtets, urtats*— repiten los mozos en el estribillo de sus coplas petitorias cuando van de un domicilio a otro en la Nochevieja.

Por otra parte, existe un rito muy significativo que ha perdurado hasta nuestros días, y es el del «Agua nueva» —*Ur berria*— que, a medianoche se trae de la fuente o del pozo, lo cual no tiene lugar más que en ocasión del Año nuevo, debido a que se tiene conciencia de que el agua se halla en el origen de cuanto existe en los tres niveles del mundo:

*Ur barrena, ur goyena,
Urte berri, egun ona,
egun onaren señalea,
emen dakargu ur berria.
Ireki zazu ataria,
presta dezazu gosaria, etc. (33).*

(33) Pudimos admirar una bella reproducción del ritual del «agua nueva» en la película de cine titulada «Las cuatro estaciones en Navarra», obra de Pío y Julio Caro Baroja que se dio, no sólo en la capital donostiarra, sino también en gran número de villas y pueblos del país vasco. La totalidad de los versos pertenecientes al canto de la ofrenda del agua, puede hallarse en la novela euskérica de D. José María Satrústegui, *Ekaitza*, así como en su estudio en castellano sobre ese tema publicado por la empresa bancaria Indubán, en edición de lujo, con el título de *Mitos y Leyendas del País Vasco*. Las expresiones de *ur goyena* y *ur barrena* «el agua de arriba y de abajo», que se repiten en el estribillo, no creemos que puedan referirse al cántaro que contiene el líquido, pues en un recipiente de escasas dimensiones no cabe esa visión de un «arriba» y de un «abajo». Evidentemente, nos hallamos ante un caso muy interesante del «inconsciente colectivo» y que en esta circunstancia se aplica al primordial elemento cosmogónico, el agua, del cual surgieron los tres niveles cósmicos. Que se haga destacar precisamente en ese momento álgido de la transición de un año a otro, el aspecto cimero y profundo del agua, cuando, a través de ella, se trata de destacar su fuerza de renovación y de creación, es un dato de gran interés, no sólo etnográfico, sino también psicológico.

Era tanta la sobreestimación de los primeros días del año, que doce de ellos auguraban el tiempo que habría de corresponder a los doce meses venideros del año entrante. Esa creencia fue general en pueblos, no sólo de Europa, sino también de Asia, ya que para los sumerios el ceremonial denominado *Akitu* venía a ser el de las «Suertes», *Zabmuk*, y consistía en determinar los presagios para cada uno de los meses del año nuevo. En cambio, los hebreos tenían su festividad de los Tabernáculos, a fin de predecir la cantidad de lluvia que se conseguiría el año próximo.

En la lengua vasca esos días augurales llevan los nombres de *ilegun*, *sortelegun* e *igaregun*, nombres cuyos significados se complementan, pues se refieren al mes, a la suerte y al pronóstico. Esos días van de las Navidades a la festividad de la Epifanía, debido a que el año nuevo, en tiempos pasados, comenzaba en el solsticio de invierno, *Eguberri* (34).

Si los nombres de *Eguberri* y *Ekaina*, para la Navidad y el mes de Junio respectivamente, parecen señalar los dos solsticios, con los festejos que se dan en la Nochebuena y en la víspera y día de San Juan, los equinoccios, también con sus solemnidades paganas, debieron de darse en las festividades que corresponden hoy más o menos a los días de San Marcos y de San Miguel, ya que quedan las costumbres del regalo de las *opillas*, con sus huevos pintados de rojo, procesiones, romerías, meriendas campestres y, en algunas localidades, sus ferias tradicionales.

De la antigua división del año en dos mitades o estaciones, *uda* y *negu*, tenemos el testimonio de los nombres que corresponden a la primavera, *udaberri* y *udazken*, con el significado evidente de comienzo y fin de verano. El nombre de *uda* que corresponde al verano, simple variante de *ura*, pone a las claras la importancia fundamental atribuida a las lluvias estivales para la renovación y pujanza de las energías de la tierra. En cambio, el término que corresponde al invierno, *negua*, variante de *nekia*, destaca el enrarecimiento vital y aparente situación debilitada de la tierra. Ya hemos señalado uno de los nombres que corresponden al mes de Diciembre, *Lotaxilla*, que señala el mismo fenómeno de apocamiento y letargo en que se ve sumida la faz de la tierra.

UTS, IZEN

En el siglo XVII es cuando se planteó a lo vivo el problema del vacío, cuyo concepto, tanto para los físicos como para los metafísicos,

(34) R. M. de Azkue, *Euskalerrriaren Yakintza*, t. I, pág. 209.

se identificaba con el de la nada. De ahí que lo repudiaran, sin lugar a dudas, admitiendo el postulado aristotélico de que «la Naturaleza abomina del vacío» y también el de Descartes: «El vacío equivale a algo sencillamente inconcebible».

Fue Torricelli quien, en 1644, realizó experimentalmente el vacío al fabricar por su cuenta el tubo barométrico. Pero le correspondió a Pascal el establecer la significación exacta del vacío sobre bases demostrativas en su obra «Expériences nouvelles touchant le vide», en la cual concluye que el *vacío absoluto* es posible. Ello lo hace frente a quienes sostenían lo contrario en el orden teórico (35).

Esa repugnancia a admitir el vacío arranca de los tiempos primitivos, ya que la creación *ex-nihilo* resultaba extraña a la mentalidad arcaica. Todas las antiguas cosmogonías sitúan en el elemento acuático la realidad inicial, de la cual proceden todos los niveles de la creación. En la noche cósmica las aguas se hallaban en un estado de indiferenciación y reposo total y, según el Génesis, el Espíritu aleteaba incubando sobre la superficie de esas aguas primordiales. Al crear el firmamento, separó esas aguas unas de otras, las que estaban encima de las que se hallaban debajo, y de estas últimas hizo que apareciera «lo seco» que se llamó tierra.

En la cosmogonía hindú, fue Vishnú, en su tercera reencarnación quien consiguió descender hasta la profundidad de las aguas primordiales y entresacó la tierra del abismo. También los caldeos admitían un caos acuático, océano inicial, *apsu*, sobre el cual flotó la tierra, mientras que, al margen de las zonas terrestres, adquieren sus límites las aguas saladas, el mar, *tiamat*, poblado de peces y de monstruos (36).

Existe en euskera un término muy expresivo para significar el vacío, *uts*, con la particularidad de que, en lugar de identificarse con la nada, puede incluso poner de relieve lo que implica integridad y perfección; así, para dar a entender que lo que se afirma es la verdad pura, se dirá *egi-utsa*, para el agua límpida, *ur-utsa*, y para la doncella, *neska-*

(35) Jacques Chevalier, *Pascal*, págs. 60-64. «Il part (Pascal) de l'hypothèse de Galilée, a savoir, que la nature a horreur du vide, mais pour la mettre d'accord avec les faits: en d'autres termes, il traite cette «horreur du vide» comme un effet, non comme une cause; et il prouve par les faits que cette horreur est limitée, qu'elle n'est pas plus grande pour un vide apparent que pour un petit, que la suspension du mercure ou de l'eau est une hauteur constante pour chaque corps et absolument indépendante de l'espace vide. Il conclut donc au vide absolu».

(36) Juan Errandonea, *op. cit.* págs. 267-268.

utsa, etc. El verbo *usteldu* expresa lo que se corrompe, pero esa desintegración de las cosas, no desemboca en la nada, sino en polvo, *auts*.

Propiamente la idea de la nada implica la negación total de la cosa en sí: *ezerez*, siendo *zer*, *zera*, la cosa, y *ez*, la negación, exactamente como en inglés *nothing*, «no cosa». Para la afirmación se da también la presencia de la cosa en sí, *zerbait*, «cosa sí». Esta manera tan directa de hacer resaltar «la cosa», sea para negarla o afirmarla, encaja plenamente en la mentalidad arcaica. Tener un nombre implica nada menos que dar existencia a una cosa, hasta el extremo de que, no solamente el acto originario de la creación viene a ser una *llamada*, sino que el mero hecho de nombrar una cosa o una persona, equivale a hacerle presente, con todas sus consecuencias. Los diversos procedimientos hechiceros y también de encantamiento y nigromancia, descansaban en este postulado esencial de que la persona se identifica plenamente con su nombre.

Entre los sumerios y los semitas se expresó de modo muy vivo y elocuente esa trascendencia del nombre con relación a la cosa o al ser que le pertenece. Refiriéndose a los sumerios, dice Juan Errandonea que «el caos primitivo que precede a la Creación se nos descubre a la manera de estado elemental del universo, en el cual las cosas no tienen nombre. De este modo se nos narra en bellas estrofas poéticas el origen del mundo en el gran poema babilónico «Enuma elish». Incluso la existencia de los dioses se debe al hecho de haber sido *llamados por su nombre*. El dios Marduk, al disponerse a crear el ser humano, hace que surjan los huesos en la persona de Lullu, siendo desde ese momento «hombre» su nombre» (37).

Vemos también en el *Génesis* que cuando Yahvé separa la luz de las tinieblas, llama «día» a la luz y a las tinieblas «noche», y cuando establece la divisoria entre las aguas superiores y las inferiores valiéndose del firmamento, llama «cielo» a ese firmamento, mientras que la parte seca que queda al descubierto, recibe el nombre de «tierra». Y ya en el caso de Adán, cuando los animales se ven obligados a desfilar,

(37) Juan Errandonea, *Vita in memoria hominum*, Roma, 1957. En esta obra nos hace ver su autor lo que representa «la inmortalidad de la fama como consuelo del hombre mortal, vista a través de las inscripciones reales sumero-acádicas». La preocupación de inmortalizar su fama constituyó la máxima obsesión en los monarcas sumerios. Y es que «la desaparición de su nombre y fama de la faz de la tierra, era la máxima desgracia que podía concebir la mente de un gobernante. Todas las desgracias que hacen aborrecible la figura del rey a los ojos de sus súbditos, serán indicio de la aversión de los dioses hacia su persona, y culminación en el peor de todos los males: la desaparición del nombre. *Ibid*, pág. 79.

obedeciendo a un imperativo divino, debe manifestar el nombre que exactamente les corresponde, demostrando, por ahí, que el ser de cada uno de ellos, en el marco de la especie a que pertenece, está moldeado por el nombre que ha recibido.

En la mentalidad euskara queda patente esa equivalencia entre el ser y el nombre, ante todo en la casi total identidad que se da entre la manera de expresar el ser —*izan*— y el término que corresponde al nombre —*izen*—. En cuanto a las creencias existentes sobre ese particular, J. M. de Barandiarán escribe lo siguiente: «Según el saber popular, las cosas se hallan estrechamente vinculadas a sus nombres; y viceversa, todo nombre responde a alguna cosa: *izena duen guztia omen da*, se afirma corrientemente, lo que equivale a decir que no hay nombre que no corresponda a una realidad, de suerte que fuera de nuestro mundo conceptual y de sus objetos, nada existe» (38).

Esa fe excesiva en el valor del nombre como soporte de una cosa o de un ente correspondiente, tuvo, en ciertos casos, nefastas consecuencias. Así, cuando cundió la epidemia bruja, se aceptaba sin la menor duda de que hubiese brujas nada más que porque existe el nombre de «bruja». Esa forma de credulidad ha existido hasta una época reciente, si nos atenemos a lo que oyó más de una vez R. M. de Azkue en sus desplazamientos de folklorista a través de todo el ámbito de nuestro país: *Izena duen edozein gauza arkitzen da. Sorgiñak ere izena dutelako, egiazko izana daukate*. Por otra parte, sobradamente conocido es el tabú de nuestra gente de mar, de nunca pronunciar el nombre de bruja ni de cualquier otro ente maligno, so pena de provocar su presencia con sus pésimas consecuencias (39).

EL PARAISO PERDIDO

El hombre de todos los tiempos se ha entregado a la ensoñación, considerando algunos de los temas de sus ensueños como realidades que existieron *in illo tempore*, un pretérito lejano que, gracias a la idea cíclica del tiempo, volverá a reaparecer en una nueva edad de oro. Y es que si el día está sometido al ciclo diurno solar (según las apariencias), el mes al ciclo lunar (según la computación arcaica) y el año a la repetición del acto cosmogónico, sobran razones para admitir que vuelva a surgir, en un tiempo venidero, otra edad en la cual los hombres se

(38) J. M. de Barandiarán, *Mitología vasca*, págs. 47-48.

(39) R. M. de Azkue, *Euskalerraren Yakintza*, t. I, pág. 375.

sientan felices, al margen de las penalidades implicadas en los quehaceres y pruebas de cada día. Virgilio y Ovilio creían atisbar esa edad venturosa en el marco de la *Pax romana*, la del Imperio, gracias a la cual podrían ellos competir con el mismo Orfeo.

Se creía que esa edad feliz de la especie humana quedó anulada por una falta ritual, una desobediencia o un gesto de desprecio de alcance trascendental, lo cual trajo consigo una alteración muy grave en la ordenación general en que se desenvolvía la existencia humana. En el relato bíblico queda patente la pérdida de la condición edénica de Adán por haber desobedecido al mandato divino de no probar de los frutos del árbol de la ciencia del bien y del mal. En la tradición griega subsistió el recuerdo de la edad de Cronos, auténtica edad de oro, en la cual el filósofo Platón parece inspirarse en su *Timeo* para predecir la conjunción de todos los planetas, dando, con ello, origen al «tiempo perfecto», o sea, al advenimiento del «Año Magno» (40).

Esa idea del tiempo cíclico ha perdurado hasta tiempos recientes y cabe decir que el concepto lineal, irreductible y progresivo de la historia, despuntó en el siglo XVII con Pascal y, sobre todo, con Leibnitz. Ya en el siglo de las «Lucas», esa idea fue vulgarizada valiéndose incluso de un evolucionismo progresista de cuño muy optimista.

En las tradiciones del pueblo vasco aparece el recuerdo o la enseñanza de una edad feliz en que el lobo y la oveja convivían pacíficamente. No había animales depredadores, y el hombre, que es el más carnívoro de los seres de la tierra, ignoraba esos instintos sanguinarios que le conducen a ensañarse con los de su propia especie. Por otra parte, las leñas acudían por su propio impulso a los hogares, sin esfuerzo ni cansancio por parte de nadie. La situación no podía ser más ventajosa, ya que el rocío nocturno bastaba para producir la fertilidad y el rendimiento de los campos. También se admitía que todos los seres y elementos de la Naturaleza podían comunicarse entre sí valiéndose de formas muy variadas de lenguaje, con la salvedad del musgo —*goandioa*—, el único ser encerrado en un mutismo total. Al parecer, cuando una persona imprudente trató de sacarle al musgo de esa situación ca-

(40) Mircea Eliade, *El mito del retorno eterno*, pág. 114. «Según el *Timeo*, las catástrofes parciales se deben a desviaciones planetarias, mientras que el momento de reunión de todos los planetas es el del «tiempo perfecto», es decir el del «Año Magno». La idea de que basta que todos los planetas lleguen a conjugarse provocando con ello un catástrofe universal, es seguramente de origen caldeo. Por otra parte, Platón parece haber tenido igualmente conocimiento de la concepción irania, según la cual esas catástrofes tienen por finalidad la purificación del género humano».

lamitosa, lo único que consiguió fue atentar contra algo sagrado, un tabú impuesto por los hados, y el resultado fue alterar todo el orden armonioso que reinaba en el mundo. Asimismo, se atribuye esa degradación cósmica a la maldición que en mala hora lanzó una mujer contra unos troncos de árboles, deseándoles que, en lugar de acudir a su domicilio, hubieran hecho mejor en quedarse en la selva: *Etorriko ez bali obea leike* (41).

Esos datos que se deben a la investigación de J. M. de Barandiarán, pueden ser completados por otros recogidos por R. M. de Azkue en la localidad vizcaína de Murelaga. Se decía que las leñas, con solo llamarlas, acudían a los hogares de las casas de labranza, prestas a ser utilizadas. Ese beneficio era uno de tantos de los que la Naturaleza proporcionaba a los seres humanos en una era de pura felicidad. Pero en cierta ocasión, un tal Moxo, dueño de la casa Tellería, recibió a las leñas de mala manera, porque se presentaron en su casa en cantidad excesiva. Ante ese desprecio, los árboles ya no proporcionaron nunca más, por su propia iniciativa, el beneficio de convertirse en troncos hogareños: *Moxok atzera bialdu zituan, eta egurrok eztira geiago etxeratu* (42).

La idea de que el paso de la edad del hierro actual a una nueva edad de oro habrá de efectuarse a través de una conflagración universal, debido a un fuego abrasador caído del cielo, ha pertenecido a la conciencia de gran número de pueblos. Incluso el pueblo romano, sin excluir sus mejores pensadores, los estoicos, abrigaron el mito, compartido por la Sibila, de «las edades regresivas» y del eterno retorno mediante una *ekpirosis* o incendio de alcance planetario. Al mundo semítico pertenece la creencia apocalíptica llegada hasta nosotros del fin del mundo, por obra del desprendimiento y caída de las estrellas, seguido de una conflagración total.

En la literatura oral del pueblo vasco se vislumbra el mito de *Sugar* o *Sugaar*, bola de fuego que se hace ver en el firmamento nocturno, pasando de una cumbre a otra, no sin infundir cierto sentimiento de pavor en las gentes. A veces ese mito lleva también el nombre de *Maju*, de quien se dice que es marido de Mari, el genio de las cavernas, y va a verla cada viernes, pasando de un monte a otro, siempre en forma de *sugar* o «fuego llameante». Se cree a veces que se trata del mismo demonio, en cuanto señor del fuego y rey de las tinieblas, en condicio-

(41) J. M. de Barandiarán, *El mundo en la mente popular vasca (Recuerdos del antiguo animismo y de la edad de oro*, pág. 14).

(42) R. M. de Azkue, *Euskalerraren Yakintza*, t. 1, pág. 456.

nes tales, que su presencia puede presagiar, para el género humano, las peores consecuencias (43).

A esos datos conviene añadir otros que Julio Caro Baroja señala acerca del fin del mundo por un cataclismo provocado por el *Erensuge*, dragón de proporciones descomunales que lanza fuego por sus fauces. Fue Agustín Chao, en su obra *Biarritz entre les Pyrénées et l'Océan. Itinéraire pittoresque. Première partie*, quien estableció que el último de los *Erensuges* que aparezca en nuestro país, convertirá sus siete fauces en otros tantos volcanes que arrasarán toda la superficie de la tierra. Su lugar de residencia suele ser el centro de la tierra, junto a un lago infernal. El cataclismo sobrevendrá en el momento en que alguien se atreva a romper el huevo que un pájaro azul esté incubando en una roca solitaria de los Pirineos.

Julio Caro Baroja pone en tela de juicio la segunda parte de la leyenda dada a conocer por Chao, la que se relaciona con el huevo que, una vez roto, producirá una *ekpirosis* o incendio que abrasará a toda la tierra: «Chao estaba muy influido por la moda védica y sánscrita de su época, y quería encontrar, no sólo analogías generales, sino detalles particulares que fueran semejantes, para probar que los vascos estaban relacionados de modo directo con ciertas fantásticas tribus de la India» (44).

De todos modos, conviene consignar que la creencia en el fin o renovación del mundo a través del fuego, se halla presente, no sólo en la conciencia colectiva de nuestras gentes, por obra de sus creencias religiosas, sino también en las páginas algún tanto fantasiosas de uno de los grandes escritores del país vasco...

IZAR, ASTURU

En euskera la estrella se denomina *izar*, «rayo de luz», ya que la raíz *iz* no expresa otra cosa sino luz irradiada. Los rayos solares se designan por *izpiak*, *dizdiak*, y entra en la lógica de las cosas que la luz parpadeante de las estrellas vaya enraizada en *iz*. En algún canto laurdino dedicado a la Virgen María se la llama *dizdiranta*, como Señora de toda Luz.

(43) J. M. de Barandiarán, *Mitología vasca*, pág. 79. Ver también en esta obra lo concerniente a *Mari*, cuyos desplazamientos por el firmamento y sus relaciones con *Sugaar* se dan en las más variadas circunstancias. *Ibid.*, págs. 83-106.

(44) Julio Caro Baroja, *Estudios Vascos*, pág. 131.

La gente del campo no ha dejado de fijarse en el aspecto del cielo nocturno para predecir el tiempo, temperie o «tempero», como dicen en algunas zonas, que habrá de hacer el día siguiente. Así, cuando la luna aparece rodeada de su nimbo, se cree que caerá agua: *Illargiak larrina daukanean, euria*. Y si las estrellas aparecen enrarecidas, separadas unas de otras, el tiempo será bueno, pero si se las ve en número crecido, lloverá: *ergel badira eguraldi; usu badira, euria*.

Cabe aceptar que para nuestras gentes el aspecto del cielo tuviera un alcance que rebasaba las meras creencias metereológicas. Y es que no se concibe que hicieran excepción a la trascendencia que se ha atribuido a las influencias astrales sobre el destino humano, trátase de los individuos o de las colectividades. Hoy la astrología se explota con fines mercantilistas. Al igual que muchas otras cosas, se halla maleda por el concepto de lo «comercial». Pero en tiempos pasados, en medio del gran desconocimiento de las leyes del mundo sideral, era inevitable que se admitiera el influjo astral, tanto para el destino particular de los seres humanos, como para ciertos acontecimientos de alcance social. Todas las grandes figuras de la Edad Media admitían que los ciclos y periodicidades de la historia se hallan regidos por los astros, sea que obedezcan con ello a la voluntad divina, sea que resulten efecto de una fuerza inmanente al cosmos.

Por otra parte, sobradamente conocido es el texto de Lampridio en «Vida de Alejandro Severo», atribuyendo a ese emperador tanta ciencia en Orneoscopia «como los Vascones de España y los Panonios». Hoy, en euskera, el concepto de felicidad y desgracia los expresamos con los términos de *zoriona, zoritxarra*, al parecer centrados en *txori*, equivalentes, por lo tanto, a pájaro de buen o mal agüero, en cuanto que en la realidad pueden presentarse aves que anuncien con su presencia o su canto un destino bueno o malo. En la actualidad ya no se emplean los términos de *asturu ona, asturu txarra* para significar la estrella buena o mala bajo la cual uno ha nacido y la suerte que ello determinará para el resto de su vida. Existe en francés el término de *malastruc* para dar a entender que uno ha nacido bajo el signo de una «mala estrella». El origen latino de esa expresión —*male abstrucus*— resulta evidente. Incluso la voz «desastre» que empleamos corrientemente para significar una desgracia de importancia, etimológicamente arranca en la creencia de un signo negativo en los astros.

En los léxicos y diccionarios de la lengua vasca, el término de *astia* se traduce por «adivino», y también «brujo», «sorcier», sin determinar que efectivamente pudo corresponder al adivino, pero en con-

diciones de poder descifrar lo que señalan las estrellas en sus constelaciones. Si el *intxitxu* era el hechicero, personaje más raro que la *sorgiña*, pero, al decir de la gente, de índole más perversa, bien puede admitirse que el *astia* fuese el astrólogo, capaz de descifrar lo que anuncia ese mundo estelar —*asturu*—, que puede resultar favorable o nefasto, según lo que se quiera ver en él.

En cuanto a los amuletos que habían de llevar las criaturas, los había de muy diverso género. Al lado de los *zingirin arri* y los *gutun*, existían otros denominados *asturuak* que correspondían a los signos estelares que acompañan a las criaturas al venir al mundo. Personajes extranjeros que viajaron por España, como la condesa d'Aulnoy, destacaron el hecho de la gran cantidad de amuletos que llevaban los niños, con fines no sólo antihechiceriles, sino también para atraerse la suerte buena que nos pueden proporcionar los astros.

Un texto muy revelador del estado mental de nuestras gentes en tiempos pasados acerca de esa obsesión de la suerte buena o mala que puede acompañarle a uno a lo largo de la vida, es el siguiente de Fray Juan de Zumárraga, primer prelado de Méjico, nacido en Durango, y que hubo de intervenir en el pleito de las brujas de Zugarramurdi: «Creen en agüeros en muchas maneras, en sueños, en estornudos, en hechizos y encantamientos, adivinos y sortilegios, y en otras muchas abusiones. Otros que miran en cantos y graznidos de las aves, en encuentro de algunas alimañas e criaturas; en partir o comenzar camino u otro viaje en martes o en otras horas y tiempos; en coger hierbas y frutas, y en otras muchas maneras, como si los unos fuesen de Dios y los otros no. En el nacimiento de los hombres, en cuanto a los planetas y signos, y que los unos han de haber infortunios adversos y otros prósperas fortunas; traer consigo nóminas, letras o caracteres o señales, hacer hechizos e invocaciones de los demonios, presumiendo saber las cosas pasadas y las porvenir, como profetas; y en otras muchas maneras quitan la honra de Dios, cuanto a la credulidad de cosas malas, contra la santa fe católica» (45).

(45) J. García Icazbalceta, *Fray Juan de Zumárraga*, págs. 17-18. Col. «Austral», 1952.